

Los libertarios cordobeses  
Los puentes generacionales de un ideal

Carlos Fos

Fermo parte de un proyecto del rescate de la memoria de comunidades sumidas en la aculturación o de procesos históricos no funcionales a la historia “oficial”. Con acciones concretas y utilizando como herramientas a la antropología cultural y a recolección científica del relato he desarrollado vías para la reconstrucción de fiestas de los pueblos zapotecas en Oaxaca, México, y para la restitución en el imaginario colectivo del discurso de los libertarios en Argentina. Mi tarea nunca la he planteado como la del buscador de objetos muertos o decorativos sino como el camino para que a través de esta memoria parcialmente restaurada renazca la voz y la producción cultural de los olvidados. Y siempre teniendo en cuenta que cada pieza oral redescubierta se convierta en pilar de construcción de originales y futuras producciones culturales.

Es en este momento originario, cuando la oralidad se le presenta como solución y problema a la antropología, y no a la inversa; la antropología la que problematiza la oralidad. En una Europa sacudida por constantes descubrimientos científicos, descubrimientos (colonización) de los últimos rincones del planeta y enormes adelantos tecnológicos, los antropólogos del XIX viven en sus carnes la historia, están subidos en lo que perciben como dominio del hombre sobre el “mundo”. La historia como civilización, sin embargo, convive con unos márgenes que se hallarían ajenos a esta razón. Estas gentes, en el seno de los países occidentales estudiados por folcloristas, y más allá del “mundo conocido” por los antropólogos, inscriben sus vidas en los mecanismos que marca la tradición, la costumbre entendida como error. Asistimos, o al menos así lo hemos presentado nosotros, a una inversión de papeles en la concepción del tiempo: la tradición, en su concepción teológica eterna, ahora deviene efímera, y la razón humana, antes precedera, ahora se convierte en fundamento, cimiento, de la historia de la humanidad.

Desde estos presupuestos parten antropólogos y folcloristas en defensa y contra la desaparición de estas “formas”. Unos verán en su desaparición la llegada del progreso, y otros la pérdida de las raíces, de un orden natural romantizado como auténtico y propio. En esta segunda versión, la negación de la historia y esa búsqueda de la autenticidad, les acercan a una concepción teológica del tiempo. Tanto en un caso como en el otro, con lo que estos aventureros se encuentran son con relatos, leyendas, refranes, pautas de sociabilidad, etc. que tienen como código a la oralidad. Sin embargo, como puede desprenderse de lo dicho hasta el momento, estos conocimientos transmitidos por “tradición” oral son concebidos ya desde su nacimiento como tendentes a desaparecer. Incluso quienes, sobre todo desde posicionamientos nacionalistas -especialmente lingüistas-, defienden los particularismos frente a esta tendencia universalizadora de la razón, suelen entender estos conocimientos transmitidos por vía oral como degeneración, embrutecidos con respecto a un orden prístino idealizado en que esa tradición alcanzaba su estado y forma pura. Salvo tendencias muy aisladas, como el caso del folclore progresivo de la etnología soviética, y los tientos italianos en su “problema meridional”, metidos ya bien en el segundo cuarto del XX, -sobre todo a partir de la orientación de De Martino- no suele atenderse a las potencialidades creativas de la oralidad. Muchos románticos acuden al pueblo como inspiración, pero el “genio” suele haberse idealizado en esos componentes “atemporales” que sin saberlo transportan -las más de las veces- los campesinos. O se está

en la historia, con la razón, o más allá de la historia, con una tradición cíclica en tanto regida por arquetipos.

En todo caso, las diferencias se establecerían en que los antropólogos se acercaron mayoritariamente a esta oralidad como científicos -con toda la contundencia del término- mientras -y siento moverme tanto entre estereotipos- los folcloristas lo hicieron desde posicionamientos ideológicos. Nosotros nos centraremos en los antropólogos, que son de hecho, quienes han construido esta dicotomía ciencia/ideología (Prat 1985). Y es que si en las sociedades occidentales existían un tipo de fuentes oficiales que permitían establecer generalizaciones con criterios, sin embargo, nuestros antropólogos se las tienen que ver con gentes “sin historia”, con sociedades de las que no se dispone de documentos escritos. En este momento fundacional ya se estaba partiendo de un presupuesto que la antropología hegemónica aún mantiene, existir y estar registrado en el seno del orden de lo escrito son lo mismo. Un tipo de existencia legalista, normativa, y por ello, controladora, oficial con respecto a las necesidades del Estado, del poder. Las fuentes orales tratan de adecuarse al tipo de documentos oficiales con los que se trabajaba en Occidente, asemejándose en la medida de lo posible a las características científicas con las que la estadística construía la fiabilidad y representatividad de sus datos en Europa. Por tanto, desde buen inicio, lo oral tiene que ser traducido a lo institucional, a un lenguaje formal que registre nombres significativos y compartidos. Las formas habitan a sus hablantes, más que intentar ver la posibilidad de estos últimos para expresar su subjetividad mediante formas comunicables. Un “ser” que toma existencia con respecto a la sociedad o comunidad que inventa el antropólogo. Es así como una antropología al servicio de la ciencia y el poder desprovee a “esos diferentes” que estudia de la posibilidad de escapar a nuestros criterios de orden y de control, neutralizando su subjetividad en las formas normativas de la institución-concepto.

Esta tendencia podemos afirmar que en mayor o menor medida ha estado implícita en la importancia que los antropólogos, a lo largo de la historia de la disciplina, le han dado al discurso y a las fuentes orales. En la exposición que os presento he distinguido tres momentos: En primer lugar, una primera etapa que podemos llamar de “coleccionismo”, en la cual se recogen los documentos orales con ánimo de fijar y buscar “normativizar” - institucionalizar- los contenidos implícitos en lo que muchos científicos sociales llaman tradición oral. Esta etapa inicial coincide con el estudio de las llamadas sociedades primitivas y tradicionales, sobreentendiéndose por los estudiosos de esta época que éstas tenderán a desaparecer. Un segundo momento, a partir de la segunda guerra mundial -que coincide en nuestra disciplina con el desplazamiento del campo de estudio de los antropólogos hacia Occidente- comprende el estudio de las sociedades que escapan a los cánones de control político oficial, es decir, a la normalidad o “institucionalización” de las relaciones sociales, y en cuya dinámica la función e interés de los antropólogos consiste en el uso de las técnicas de campo y de los registros orales como mecanismos de visualización de sectores marginales. Por último, un tercer momento, en el que el interés ya no toma como modelo la institucionalización, es decir, el cuestionamiento de ésta como campo de estudio de la antropología, sino la importancia de los registros orales como elementos de análisis importante para comprender como los sujetos sociales construyen su realidad social -y en la mayoría de las ocasiones buscando sus identidades colectivas-, atendiendo a las propias narrativas o ficciones mediante las cuales los “colectivos” y sujetos estudiados establecen la significatividad de los hitos y relaciones más importantes -la trama- sobre la que se definen a sí mismos, es decir, “su historia”.

Voy a desarrollar en este ensayo los resultados obtenidos al rescatar el discurso de un centro ácrata en la provincia de Córdoba. A partir de este trabajo se constituyeron talleres que están analizando la posibilidad de vertebrar la tradición de la producción teatral libertaria con las nuevas corrientes del movimiento.

El racionalismo como concepción gnoseológica está estrechamente unido al movimiento ácrata, aunque no se agota en él. Si los objetivos mediatos del anarquismo pasan por la destrucción del Estado, en el plano de lo más concreto e inmediato, la cuestión libertaria pasa por el principio de la acción directa independiente de alianzas y de compromisos capitalistas o gubernamentales. Esa actividad debe ser llevada a cabo sin intervención de agentes exteriores, intermediarios o depositarios de confianza. Dicho principio estimuló la aparición de la variada serie de manifestaciones constructivas tan característica de las formaciones del movimiento: fundación de grupos anarquistas, actividades docentes, culturales, literarias, teatrales, periodísticas, etc. El conjunto de tales manifestaciones está determinado por la voluntad de crear o fortalecer aquellas iniciativas grupales en las que se obvian y se denuncian los tutelajes provenientes de la superestructura estatal o de facciones políticas.

Es en debate de las diferentes corrientes del pensamiento libertario donde hallaremos el papel trascendental que adjudicaban al teatro como vehículo de la revolución.

El impulso de la acción directa se perfila también en la concepción de la actividad sindical que, a partir de cierto momento, aparecería en el campo de acción. Con algunas reservas y empujados por la fuerza del movimiento obrero, ciertos sectores libertarios aceptaron integrarse a organizaciones obreras existentes, primero con la secreta esperanza de iluminar al proletariado y luego con una participación verdadera, arrollados por la experiencia de lucha acumulada por los trabajadores. Este es el caso del desarrollo embrionario de los sindicatos ácratas entre los años 1890 y 1905.

El principio estratégico de la destrucción de las instituciones burguesas y el principio táctico de la acción directa en sus diferentes manifestaciones definen al anarquismo, a todo el sistema libertario, sin distinción de tiempo y de espacio. Y de ambos conceptos provienen tanto su fuerza circunstancial como su debilidad proverbial. Constituyen, por así decirlo, los ejes a la vez históricos y estructurales en torno a los cuales se edifica la posición anarquista. En nuestro país, debido a sus propias condiciones sociales y económicas, particularmente el factor de la inmigración masiva, elementos importantes de este pensamiento se volcaron con relativa rapidez hacia la integración de sus militantes dentro de los incipientes sindicatos. El sector libertario prosindical fue el que más peso y coherencia tuvo en el país. Dicho sector concibió la lucha como un conjunto de medidas efectuadas en dos frentes:

1) en el terreno obrero de las organizaciones de reivindicación, es decir, en el campo de las luchas gremiales encaminadas a mejorar las condiciones de vida y de trabajo. Mientras los sectores considerados “legalistas” por los ácratas estaban ligados de una manera más o menos orgánica a partidos políticos y centraban su accionar en reclamos económicos puntuales y presentes, los sindicatos cercanos a la visión libertaria funcionaban como “cajas de resistencia”, como “centros de gimnasia revolucionaria”, verdaderas escuelas de combate orientadas al futuro y libres de todo compromiso partidario.

2) en el terreno anarquista de los círculos libertarios, éstos constituían la forma organizativa típica del movimiento y respondían al impulso de la acción directa; tenían por objetivo dar orientación futura a las luchas del presente, a través de la educación y de la propaganda, de la producción y distribución de material teórico – literario y de múltiples reuniones de esclarecimiento. Sus integrantes se reunían con el fin de aunar esfuerzos para llegar al triunfo del Ideal y de la Revolución Social.

Por su parte, Enrico Malatesta, quien residió en la Argentina e influyó sobre el pensamiento ácrata del Río de la Plata, se enfrentó a cualquier posibilidad de educación por parte del Estado, considerando tal hecho una imposición inadmisibile.

Con distintas metáforas (dos dominios, dos esferas, líneas paralelas, dos ramas, dos rieles), esta concepción, basada en la convergencia necesaria de los ámbitos de disputa de poder, apareció en periódicos, conferencias y obras de teatro en las primeras décadas del siglo XX en el país, ya con la solidez adecuada al desafío. El avance hacia la instauración de la anarquía debía promoverse en los centros y sindicatos, donde los trabajadores se agrupaban por profesiones, y en las escuelas racionalistas y círculos, donde los individuos se agrupaban por afinidades. En 1900 el progreso hacia la unión de ambos ramales era claro. Son signo de ello los sindicatos ácratas que con apoyo de orquestas y cuadros filodramáticos organizaron reuniones artísticas y didácticas para reunir fondos y sostener las publicaciones propias o a las familias de los huelguistas deportados. También los grupos libertarios que convocaron a asambleas gremiales y los intelectuales simpatizantes que fueron delegados de base. El punto culminante de esta convergencia fue el congreso de la FORA de 1905 –el denominado quinto congreso de la lealtad–, que estipuló en sus considerandos como objetivo primero el de “propagar los ideales anarcocomunistas”.

Para continuar la existencia del ideario libertario las escuelas racionalistas cumplieron un papel descollante. Intentar divorciar las manifestaciones teatrales ácratas de sus concepciones pedagógicas es imposible. El discurso emergente de sus escuelas racionalistas potenciaba al arte como medio de expresión al servicio de la causa superior del socialismo no dogmático. Es en debate de las diferentes corrientes del pensamiento libertario donde hallaremos el papel trascendental que adjudicaban al teatro como vehículo de la revolución.

Los anarquistas clásicos discutían sobre el peso que debía otorgarse a la transmisión de conocimientos y a la espontaneidad. Lejos de aceptar la existencia de una fuerza innata, esencialmente perteneciente a los sectores populares, que guiaría la educación, muchos señalaban límites al carácter natural de los procesos educacionales. Carlos Malato, en un trabajo escrito en 1887 y difundido en la Argentina, sostenía la diferencia entre instrucción y educación. Solamente la educación, adquisición de ideas y costumbres en continua modificación, debía inspirarse en la más amplia libertad. En tanto la instrucción, enseñanza de conocimientos útiles, pero áridos, supone un plan y un método que por atractivo no dejaría de ser autoritario. Pero en otro párrafo del mismo trabajo el autor postula que también la “verdadera educación” puede ser en alguna medida controlada, para que no resulte en transmisión de convencionalismos inútiles y de fórmulas aprendidas sistemáticamente, sino en libre desenvolvimiento de las aptitudes. Abogaba por la adaptación del alumno al medio social y por la corrección de conductas nocivas. “Hay que luchar por el enderezamiento de las propensiones peligrosas legadas por la herencia o más

bien por desviación (...) porque hay que advertir que aún los defectos como son: orgullo, avaricia, cólera, pueden, orientados de cierto modo volverse en provecho de los individuos y de la sociedad entera”.

Un fuerte sentido correctivo se instalaba así en la educación e impregnaba también las actividades instructivas. Sentimientos caros al movimiento social-libertario, como la solidaridad debían ser inculcados. Aunque Malato usa los términos “desenvolver” y “despertar”, agrega “corrigiendo” con relación a lo “excesivo”.

Avanzando aún más en la directividad curricular, algunos pedagogos sugieren que los estudios sean lo más atractivos posibles y que se continúen “insensiblemente” en la hora del recreo. Tal propuesta implica la instalación profunda de rituales y denuncia el desarrollo del curriculum en espacios excluidos de él, en su definición clásica.

Se proponen enseñar la vida de los pueblos en lugar de la historia de reyes, las lenguas vivas en lugar de las muertas. Las matemáticas también serán dictadas “insensiblemente” en el transcurso de los paseos, la mecánica en el taller con más frecuencia que en las tablas. Los ejercicios corporales irán paralelos a los estudios técnicos y tendrán en los talleres de teatro un aliado indispensable. Como culminación se enseñará filosofía experimental, sintetizando todas las ciencias e iluminando a la humanidad en su marcha ininterrumpida hacia el progreso indefinido.

Esta experiencia de puente generacional del moviendo ácrata fue muy rica a pesar de su limitada influencia y se repitió en otros lugares del país, en especial en los centros portuarios extendiéndose a la década del setenta.

Respecto a la antinomia transmisión – espontaneidad, es también conocida la diferencia entre Ferrer y Guarda y su colega libertario, Ricardo Mella. El catalán admite que se proporcione a los estudiantes saberes estructurados, en tanto el anarquista gallego sostiene que el alumno debe construir el conocimiento y se opone a todo tipo de racionalismo y verbalismo.

Por su parte, Enrico Malatesta, quien residió en la Argentina e influyó sobre el pensamiento ácrata del Río de la Plata, se enfrentó a cualquier posibilidad de educación por parte del Estado, considerando tal hecho una imposición inadmisibles. En su criterio, el gobierno no tenía derecho a crear higienistas y médicos, forzando a la sociedad. Sólo puede organizarse un servicio de sanidad si hay tal voluntad en el pueblo. Lo mismo ocurre con los maquinistas, ingenieros, etc. El gobierno no puede inventarlos si no hay hombres aptos para ello. La anarquía que propugnaba por abolir al Estado burgués y a la propiedad privada, no crearía fuerzas donde no hubiera una voluntad espontánea para hacerlo.

Malatesta no carece de una concepción curricular, pero la que posee no sólo es contraria sino que ataca el concepto de planificación escolar del positivismo. Esa posición tenía consecuencias importantes en los años que incluyen al período finisecular. El uso de la educación para lograr la subordinación social suponía, precisamente, la imposición de una ideología que comprimiera las desviaciones. La educación no era solamente una estrategia político-cultural para convertir a los productores directos en generadores de plusvalía. La

aceptación sumisa de políticas gestadas por las clases dominantes tenía una finalidad propia que, aunque articulada con las determinaciones estructurales, tenía sus reglas y seguía su propia lógica.

A diferencia de la idea que pocos años después comenzó a desarrollar el Estado mejicano, es decir, la combinación del reconocimiento de las diferencias culturales con la difusión de una concepción nacional, el positivismo argentino desechó la primera parte de la ecuación. El modelo de Malatesta, sólo consideraba la posibilidad de partir de las capacidades, intereses y deseos populares y se negaba a toda coerción.

En Córdoba la tarea de las escuelas racionalistas si bien limitada, fue intensa a través de los maestros monitores itinerantes durante las tres primeras décadas del siglo pasado. Y serán los hijos y nietos de estos forjadores del movimiento los que aparezcan durante los sucesos previos a los movimientos sociales de fines de la década del sesenta. Es necesario después de afirmar los principios teóricos que dieron cimientos a esta concepción ideológica, crear puentes entre la actividad de los iniciales cuadros filodramáticos y el que se asentó en el barrio de Alberdi en 1965.

Un apellido vuelve a resonar intentando reunir a los dispersos y ya ancianos partidarios de la causa ácrata. Después de su tarea en los círculos anarquistas después de las grandes represiones que el sector obrero sufre a partir de 1930, este militante como otros se repliega a una tarea de difusión clandestina. En 1937 parte a España a luchar contra el campo de pruebas del fascismo europeo, el franquismo.

Pero citemos antes de avanzar parte de la actividad desplegada por Flavio Benito Spezia en los albores del movimiento ácrata en Córdoba. En 1919 la Federación Obrera seccional Córdoba apoyó el fortalecimiento de la organización gremial en todo el tendido de la red ferroviaria, incluyendo la zona serrana. Ese mismo año tenemos noticias de un cuadro filodramático denominado “La luz”, que actuaba en numerosas jornadas libertarias en centros y círculos ubicados en Traslasierra. Nos cuenta Flavio Spezia:

Mi hermano José hizo experiencia teatral integrándose como peón de playa a uno de los circos que recorrían la provincia. Debo insistir que siempre le advertí la necesidad de que nuestro sindicato apoyara las actividades culturales. Yo mismo participé de los cuadros dramáticos y valiéndome de mi fresca u excelente memoria aprendía la letra de las piezas y comedias que el elenco circense daba en la segunda parte de la función. Por tal motivo más de una vez, ya sea por ausencia o enfermedad del titular subí junto a José al escenario a reemplazarlo. Participé del grupo declamatorio “La agitación”, de que fui su primer director. Veníamos de una gran derrota sindical luego de la huelga general de mayo y en base a los compañeros que pudimos regresar después del “desparramo” comenzamos la acción. La compañía estaba formada por José Gelogich, Roberto García, Danilo Romero, Desiderio Murúa, Félix Murúa, Pablo Acuña, Simón Arraigada, Lino Galbán, Orlando Herra, Juan Dios, Juan Marizza, Abel Rodríguez y algún otro que se me puede haber ido de la memoria. Las artistas del pueblo más notorias fueron Clara Faíni, Adoración García, Argentina Estévez, Joaquina de Jaime y Catalina Sommer. Nuestro repertorio (aparte de varios “sketchs” cómicos de los que el más reidero resultaba uno caricaturesco de ambiente local titulado “La paga de don Sempronio”, que compusimos con Desiderio Murúa, donde

el papel más hilarante estaba a cargo de Danilo personificando a una criolla vieja mandona y autoritaria) tenía como obras de fondo debidamente ensayadas a Las víboras de Rodolfo González Pacheco, a la comedia dramática De frente y al drama antibélico de Rostand, El hombre que yo maté. Este elenco funcionó satisfactoriamente entre 1919 y 1925; después de ello una nueva generación de sus componentes lo llevó a la inacción definitiva.

En su larga militancia subterránea creó bibliotecas circulantes, varias de las cuales se convirtieron en la piedra fundamental de las que aún funcionan en pequeños pueblos serranos.

Herido en combate emprende el regreso al país en 1938 con un sentimiento encontrado. Nos cuenta:

Estuve en varios frentes y tuve la suerte de conocer al comandante Lister. Su coraje y sencillez fue en muchos casos el factor de equilibrio frente a una evidente superioridad de los nacionales. En las noches solíamos encontrarnos los miembros de los comandos internacionales a cantar y narrar historias de nuestros lugares de origen, así como experiencias locales de lucha. Cerca de Mataró en un respiro de la artillería enemiga conformamos un cuadro filodramático elemental con el que entretuvimos a la tropa con fragmentos de Lorca y de poetas libertarios. Recuerdo que ensayamos entre estallidos de bombas una escena de Barranca Abajo que los españoles desconocían y que ciertamente pocos entendieron. Cuando recibí la metralla en mi cuerpo supe que la acción había terminado y sentí dos cosas contradictorias. Un pesar enorme por dejar a mis compañeros y cierto alivio por no asistir a la traición de sectores reaccionarios en nuestras propias filas. Mi corazón acostumbrado a las derrotas ocasionales no hubiera podido resistir ese instante.

En 1964 seguro que el gobierno de Arturo Illia sería derrocado y a pesar de su edad avanzada fundó un periódico, *Mente clara*, que tuvo siete números y que rescató páginas perdidas del movimiento anarquista cordobés y dio cabida a los jóvenes que quisieran integrarlo. El número uno decía en su titular más destacado:

Llamo a los jóvenes desencantados. Los invito a participar de las luchas populares, las que comenzaron sus abuelos pero que necesitan de sangre nueva. Ustedes saben que falsos profetas intentaron confundirnos con distribucionismos baratos que no atacaron el mal real que carcome a nuestra sociedad. No usen consignas de partidillos de izquierda, siempre acomodados a las demandas internas de congraciarse y a las indicaciones externas a las que obedecen como corderos. Cuando comencé el movimiento anarquista decía ni amos, ni dioses, ni estados ni patrones a lo que agregó ni mesías de internacionales imperialistas ni perones. Debemos combatir la ignorancia, hay que darle herramientas al proletario. Ayúdenos a crear imprentas, escuelas propias y centros donde formarse en la doctrina verdadera. Es imperioso que brille la luz y la hora es hoy. Por ello nuestra voz se escuchará con fuerza nuevamente tapizando las sierras, sacudiendo la modorra que nos legó el “capitalismo bueno”.

En tres años de labor y junto a sus hijos y al gallego Fretes crearon el círculo “Libertad”. Nunca dispusieron de sede propia lo que dificultó sus logros. Sin embargo lograron imprimir varios folletos en los que no sólo reproducían los textos de Bakunin o Malatesta

sino que también intentaban dar respuesta a la coyuntura desde una óptica propia. El golpe de 1966 tuvo como resultado el cierre del centro y la prisión de varios de sus miembros. Pero la experiencia estaba en marcha y Spezia creía que era sólo cuestión de tiempo, rearmar estructuras desaparecidas hacía cuarenta años. Decía:

Preparamos todo para dar charlas en la boca del lobo. La provincia había cambiado mucho y por fin había fábricas de gran porte, en especial las de coches. Un día en que la policía nos andaba molestando conocí a Tosco. Lo frecuenté un par de veces y si bien no era libertario inspiraba confianza y se le notaba sincero. Le comenté a su grupo mis planes de extendernos en la capital y en el interior pero me comentó que debíamos ingresar a los sindicatos ya establecidos. Otra vez la burocracia. El hijo del tano Rigió le dio la mano y le dijo gracias, los viejos ya pasaron por la experiencia de juntar burro con mula y no anduvo. El 1° de mayo de 1968, por fin estábamos listos para realizar un acto de cierta envergadura. Ese día alquilamos un tinglado y empezamos meta y meta con la internacional desde la mañana. Recuerdo los zapatazos de algunos vecinos reaccionarios. Pero nada nos desanimó. Entre discurso y discurso tuvimos un trío de valeses y al final la interpretación de dos monólogos encendidos. El primero un remedo del conocido “Mártires” y el segundo demasiado costumbrista para mi gusto fue presentado por la compañera Laura que había estudiado teatro en Río Cuarto. Era irónico contra los milicos y fue bien recibido por la gente, pero yo prefiero lo serio, esas palabras estridentes que hielan de sólo expresarlas. Yo cerré con las noticias de los compañeros del movimiento en París que ya habían comenzado el terremoto.

Si bien estamos en etapa de pesquisa, sabemos que un cuadro artístico teatral tuvo cierta continuidad vinculado con el círculo de los Spezia. Solían realizar obras infantiles en las guarderías populares y textos de autores locales que alternaban con europeos de la talla de Brecht.

En una asamblea a la que concurrieron 65 militantes de diversas edades se planeó la creación de una escuela de acuerdo a los principios del modelo racionalista y un espacio dedicado a producción de textos literarios que incluía monólogos teatrales. Se reunieron por colectas y juegos floridos lo suficiente para comprar un terreno, encomendándose la tarea a Justo Liborio Chávez. Pero la heterogeneidad del grupo era evidente. Los mayores de 70 años convivían con las ideas de los organicistas y reclamaban estudio doctrinario por parte de los más jóvenes. Aclaraba Spezia:

Las épocas cambiaron y también el compromiso de los compañeros. Algunos creen que la militancia es bohemia y tienen que sacrificar su guitarra y bailes para leer a los teóricos. Cómo van a transmitir lo que desconocen. O se creen decidores de frases descolgadas. Si me mezclan a Marx con Malatesta. Es evidente que tantos años de inactividad han cobrado víctimas en estos jóvenes entusiastas pero desconocedores de la importancia del saber.

En el número siete y último del periódico insistía:

La agitación en la ciudad es mucha pero no veo organización válida alguna. Temo que los cipayos se hagan un festín reprimiendo a voluntaristas que arriesgan su vida sin ton ni son. No se escucha el clamor de huelga general, no se comprende el camino que debe tomarse.

Un sendero difícil pero seguro que no obtendrá victorias pírricas ni ocasionales y que nos unirá a los grandes movimientos del mundo entero. Es intención de esta publicación bregar porque la bandera negra de la anarquía flamee en la tierra liberada. Sólo hemos podido sumar en las asambleas a tres crotos que pasaban ocasionalmente y con los que intercambiamos información y folletos. Son huracanados los vientos que mueven a este árbol pero no se quebrará ya que sus raíces están firmemente unidas a los sueños de miles y miles de compañeros sacrificados por la saña capitalista.

En 1969 la actividad del círculo había cesado y la mayor parte de los jóvenes que lo integraron lo abandonaron para participar en los sindicatos locales combativos. Si bien Spezia y sus fieles compañeros siguieron a través de libelos los sucesos del Cordobazo su participación efectiva no puede documentarse. Esta experiencia de puente generacional del moviendo ácrata fue muy rica a pesar de su limitada influencia y se repitió en otros lugares del país, en especial en los centros portuarios extendiéndose a la década del setenta. Este será el tema de futuros ensayos e investigaciones.

#### Bibliografía

Bilsky, Eduardo, 1987. "Esbozo de historia del movimiento obrero argentino, desde sus orígenes hasta el advenimiento del peronismo", en Cuadernos Simón Rodríguez, nº 3. Buenos Aires, Biblos.

Costas, Enrique, 1986. El racionalismo en Argentina. Buenos Aires, Ediciones Cántaro.

Fos, Carlos, 1996. Educación libertaria. Salamanca, Ediciones Real Universidad de Salamanca.

— 1995. Teatro libertario y su acción pedagógica. Salamanca, Ediciones del Huerto.

Hardman, Francisco, 1984. Ni patria, ni patrón. San Pablo, Ediciones Brasilienses.

Luizzeto, Flavio, 1982. "Cultura y educación libertaria en el inicio del siglo XIX", en Educación y sociedad, nº 12, septiembre 1982.

Oslak, Oscar, 1997. La formación del Estado Argentino. Buenos Aires, Editorial Planeta.

Oved, Iaákov, 1988. El Rebelde. Buenos Aires, Ediciones Populares.

Stirner, Alberto, 1882. El orden familiar. Córdoba, Ediciones del autor.

#### Publicaciones ácratas consultadas:

La antorcha, 1897-1906. Colección completa

Mente clara, 1964-1968. Colección completa

Bandera obrera, 1967. Único ejemplar publicado

Entrevista realizada por Carlos Fos a Flavio Spezia en el año 1987

Nombre de archivo: Reconstrucción de la memoria colectiva. Los libertarios  
cordobeses.doc  
Directorio: C:\DOCUME~1\AGENDA\CONFIG~1\Temp  
Plantilla: C:\Documents and Settings\AGENDA\Datos de  
programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot  
Título: DOS MOMENTOS DEL MOVIMIENTO ÁCRATA EN  
CÓRDOBA  
Asunto:  
Autor: cfos  
Palabras clave:  
Comentarios:  
Fecha de creación: 27/09/2007 8:12  
Cambio número: 3  
Guardado el: 12/10/2007 9:08  
Guardado por: cfos  
Tiempo de edición: 19 minutos  
Impreso el: 19/11/2007 13:07  
Última impresión completa  
Número de páginas: 10  
Número de palabras: 4.470 (aprox.)  
Número de caracteres: 25.479 (aprox.)